

él no es el Jehová de los artistas, de seguro que es su Apolo.

XXXVIII.

Hablemos algo del viaje á Italia. En el relato de estos viajes no seguimos un órden rigorosamente cronológico. No pretendemos hacer la biografía de Castelar día por día: nuestro trabajo, si tiene mucho de biografía, tiene mas de semblanza.

Cuando desembarcó en Civita-Vechia, puede decirse que besó aquella tierra, como Colon la América, al pisarla. Era en los primeros meses del año de 1868. Todavía estaban allí los soldados del cesarismo francés, sosteniendo los viejos restos del arruinado cesarismo papal. Los aduaneros le registraron, le saquearon, le molestaron. Al tender la vista por aquellas tierras creyó que iba á ver todavía junto á una floresta algun fauno con el pié hundido y los cuernos de oro entretegidos de guirnaldas; pero no vió nada de esto. Subió en el tren y el tren partió para Roma. Entonces si que vió aquel *agro* romano tan desierto, tan esquilado, tan solo. Se acordó de los caballeros romanos que le habian puesto en aquel estado, y se acordó de Cincinato, que le cultivaba él mismo. ¡Qué diferencia entre unos tiempos y otros! La *malaria* le asola hoy, los pueblos son pocos, las lagunas exhalan ponzoñosos miasmas. Cuando llegó á Roma sintió esa emocion que sienten todos los artistas al penetrar en ella. Roma es el mundo de la historia antigua y de la historia

moderna: es, mejor dicho, la historia entera soterrada á veces bajo aquellas ruinas, pintada otras en aquellos techos y en aquellas paredes, cantada muchas mas en monumentos maravillosos, con versos que son piedras, y con piedras que son poemas. Roma, cuando la visitó Castelar, aun gemia bajo la tiranía del Papa: por la noche las puertas se cerraban, centinelas ocupaban las bocas-calles, diluvio de esbirros lo poblaba todo. Y esto no impedía, sin embargo,—que la tiranía es impotente hasta para la represion—que un número considerable de garibaldinos habitasen dentro del recinto de la Ciudad Eterna. Aquella misma tiranía hacia mas lúgubre la gran ciudad. Ruinas del tiempo, ruinas de grandes civilizaciones, la prostracion del espíritu romano envilecido por tremendos años de servidumbre, este era el primer espectáculo que se ofrecia.

Castelar, en Roma, se dedicó por entero á la meditacion solitaria y al arte. Vió á Pio IX, ese gran pontifice pagano, traído el Domingo de Ramos en andas, sobre dorada silla, con manto de terciopelo carmesí, mitra blanca y el báculo de oro en la mano izquierda: vió los cortesanos del Papa: vió los guardias nobles que parecen caballeros del tiempo de Felipe IV: los suizos, que parecen estátuas: oyó el Miserere de Palestina y le pareció mal cantado: las grandes figuras y las grandes estátuas de Miguel Angel le parecieron como heridas tambien por el rayo de la tiranía: la Via-sacra, que atravesaban los triunfadores: el Foro, donde los oradores hablaban: el Capitolio, que era el doble altar de la razon y de la religion del mundo entero: el Aventino, que era el Sinaí de la democracia romana: el Coliseo, que era el

teatro de la sangre, la orgía de la matanza, la gigantesca y mas alegre estancia de aquel pueblo-fiera, le parecieron dormidos, mudos, muertos, y pasando por todas partes no encontró mas que el silencio de los serrillos de Oriente interrumpido tan solo alguna vez que otra por los gritos de las amantes de los cardenales, que las tienen sin duda por especial permission del Espíritu-Santo.

Yendo á estudiar lo ideal, se encontró con lo real; y un dia pudo ver por sí mismo la extraccion de los números de la lotería romana. En modesta plaza celebrábase este acto, que, todavia allá por el año 1868, era una especie de fiesta religiosa para el buen pueblo romano. Fuertemente asido á un balcon, colgado con resplandeciente colgadura de damasco carmesí, hay un gran globo de cristal, del que sale dorado manubrio. A las doce en punto suena un cañonazo. Las campanas todas de Roma repican alegre y arduosamente. Un monago sale al balcon en cuanto resuena el cañonazo que es la señal de los conjuros: algunos sacerdotes aparecen despues; inmediatamente se presenta todo un cardenal de la Iglesia, con su sobrevesta y su solideo morado, especie de divino cangrejo. El cardenal mueve el manubrio: el globo da vueltas y el monago saca un número. ¡Qué trasportes, qué deliquios en aquel pueblo envilecido! Los unos besan los relicarios que llevan al cuello: las mujeres estampas mugrientas de buenas y venerables *Madonas*: los chiquillos se abrazan á sus madres: todos rezan y se arrepienten un tanto, para que Dios les mande un poco de dinero por medio de la lotería pontificia. Perdóneme el Espíritu-Santo; pero yo creo que él no ha podido prever el caso de que nada menos

que un celeste cardenal se pusiese á sacar números de un bombo lotérico, porque si lo hubiera previsto, tengo para mí que no hubiera permitido la creacion del Santo y Sacro colegio de cardenales. A esta Roma que ha vestido su lodo con púrpura por espacio de tantas centurias de siglos, se la han podido aplicar muy bien muchos de los cuentos picarescos y graciosísimos de Bocacio.

Cuando Castelar vió el Coliseo quedóse como petrificado. No pudo menos de acordarse de aquel verso tan sabido de un epigrama de Marcial;

«Omnis Cæsareo cedit labor Amphitheatro.»

Está construido sobre los jardines del divino Nerón. Hoy gran parte de él está en ruinas. Los murciélagos y todas las alimañas del aire anidan entre aquellos escombros que parece que vibran aun con los gritos y las exclamaciones de los que se sentaron sobre sus asientos. El coliseo no era un edificio griego: sonriente; era un simulacro de aquellas moles talladas de Elefantina: era la representacion de un pueblo adusto, ceñudo, educado en la guerra, maestro en las fórmulas duras del derecho; el espíritu extraordinario de Roma encarnándose en un monumento colosal: lo *monstruum* encarnándose en lo *monstruum*.

Otro dia el pobre condenado á muerte descendió á las Catacumbas. Allí se habian reunido los que, como él, condenados á muerte tambien, no podian decir la verdad del porvenir á los tiranos del mundo y á los esclavos de los tiranos. Visitó las catacumbas de San Sebastian: las de San Calixto. Las del siglo I son mas hermosas que las del siglo III. El siglo I es el principio de la edad heroica del cristianismo: el III es el fin. En

el I persigue Neron, en el III abraza Constantino. Los abrazos en la historia suelen ser funestos. Leyó inscripciones: se detuvo ante bellos sarcófagos; admiró bajo-relieves hermosísimos: se paró ante figuras que parecían pintadas de rodillas, como las de Fra Angélico, y vió la paloma blanca pintada en las paredes, llenas las alas de toda la serenidad del cristianismo, menos hermosa si se quiere que la paloma griega, oculta entre los lentiscos, pero mas resplandeciente que ella y brotando de cada una de sus plumas el relámpago de la nueva idea espiritualista. Allí durmieron los creadores de un nuevo mundo: allí levantaron con la oracion y el martirio la protesta contra el viejo materialismo pagano: allí se retorcieron las vírgenes: allí espiraron los viejos: allí lanzaron las bocas abiertas de las heridas hechas en el potro su maldicion postrera contra el paganismo, adorador en el dia de todos sus deleites, de la forma plástica humana y verdugo en aquella hora de ella.

En otra ocasion visitó la capilla Sixtina, despues de haber visitado la Via-Appia, que es como la via de los sepulcros. La sombra de los cipreses que habia visto, llevábala aun sobre su alma. Se inclinó, ó poco menos, ante las estatuas de Miguel Angel; ante el sepulcro de Julio II: ante aquel Moisés que parece un Jehová: ante aquellos arcos hechos por Bramante que parecen las puertas de un paraiso encontrado en sueños por la imaginacion de un artista: ante las figuras de la bóveda pintadas por el mismo Miguel Angel, en que despues de hechas, decia que cuando estaba en la capilla, no podia tener fijos los ojos en el suelo, porque se le llenaban de oscuridad, y ne-

cesitaba elevarlos al cielo de ella, cielo verdaderamente creado por el gran artista: ante Eva despertando y sonriendo al ver la naturaleza, reclinada sobre sí misma y bella como el éxtasis de amor en que ella misma vá á caer á su contemplacion; ante los profetas que parecen titanes, ante las Sibilas, ante aquellas sublimes Sibilas que han causado la desesperacion de todos los grandes pintores del mundo. No puedo resistir á la tentacion de copiar la hermosísima invocacion que Castelar las dedica en sus *Recuerdos de Italia*; «Tú, Pérsica, en la vejez que te agobia, se conoce como el mundo en su cuna te ha confiado sus secretos y te ha dicho sus vagidos, y como antes de morir te inclinas, abrumada por el trabajo y por los años, á escribir un poema cíclico en las hojas de tu libro de bronce. Tú, Libia, vienes corriendo como si la arena del desierto encendido te quemara los piés, á traernos una idea recogida en el espacio donde todas las ideas se han trasformado como larvas misteriosas. Tú, Eritrea, eres jóven como Grecia, bella como una de las sirenas de tu archipiélago, cantora como la tierra de los poetas, ondulante como los mares de que nacieron los dioses, y amiga de la luz, atizas la inmortal lámpara que está á tu lado, y á cuyo resplandor vendrá, como una mariposa, la conciencia humana. Tú, Delfica, eres vírgen como Ifigenia inmolada por los reyes; tú llevas el beso de Apolo en los labios, la sombra del laurel en la frente, la inmortalidad del genio en el pecho, alzado como para entonar un cántico armonioso, que se oirá hasta el fin de los siglos. Tú, Sibila de Cumas, dejas tu caverna, y allí donde las montañas se cincelan mas escultóricamente, donde los

aires se cargan de aroma, donde el mar Tirreno mas se embellece, en el golfo de Bayas, mirando la griega Parthenope, hermosísima y ébria como una bacante reclinada sobre su mullido cojin de pámpanos, modulas dulcemente la melodía de la esperanza. ¿Sois de carne, sois mujeres, habeis sentido la voluntuosidad, el amor, ó sois los arquetipos de las cosas, los ideales del arte, las sombras de esas musas que todos los poetas invocan y que ninguno ha visto sino á través de sueños irrealizables, las formas varias de la eterna Eva, que ya se llama Safo, ya Beatrice, ya Laura, ya Victoria Colonna, ya Eloisa, y que está de pié en la cuna y en el sepulcro de todas las edades, sonriéndonos con la esperanza, des-pertándonos al deseo y huyendo de nuestros brazos como una ilusion que se desvanece en lo infinito?»

El cementerio de Pisa tambien obtuvo una visita de Castelar. Le ha pintado maravillosamente. Cuando apareció el artículo que le describia, en el Boletin de la Universidad, los que le leyeron se admiraron. Era una obra de arte consumada. No se podia subir mas en la escala de lo etéreo y de lo artístico. Las pinturas que en él habia parecian vírgenes de Rafael, ángeles de Fiesoli perdiéndose entre los arreboles del éter, los párrafos estrofas cantadas por Safo al borde de un Leucades sin fondo.

Hallándose en Roma completamente entregado al arte, un dia, el camarero de la fonda de Minerva, donde se hospedaba, entró repentinamente en su cuarto, y entabló con él el siguiente diálogo, narrado por el mismo Castelar:

- «—¿Por qué me ha ocultado usted su valer?
 —¿Mi valer? nada tengo que ocultar, porque nada valgo en el mundo.
 —¿Su importancia?
 —No importo nada.
 —Usted es un hombre célebre.
 —¡Yo célebre! ¡Bah! ¿tiene usted ganas de mofarse de mí? le pregunté.
 —Hé impedido que la policía llegara hasta su cuarto.
 —¿La policía!
 —Sí, la policía se hubiera ya encarado con usted, si yo no le digo que comunicaria á usted sus órdenes.
 —¿Qué órdenes?
 —La orden de dejar inmediatamente Roma.
 —¿Por qué causa?
 —Han dado muchas.
 —Pero ¿no puedo saber cuales?
 —Dicen que los libros escritos y publicados por usted se hallan en el Índice.
 —Es verdad; pero si todos los autores cuyos libros se hallan en el Índice no pueden habitar esta literaria Roma, en verdad os digo que sereis visitados por pocos literatos contemporáneos.
 —Dicen que usted es amigo de Garibaldi, de Mazzini.
 —Es verdad.
 —Tiene usted mucho valor.
 —¿Por qué?
 —Por venir á Roma con tales antecedentes.
 —Pero debo aseguraros que ninguna idea política me ha traído á Roma. Usted pudo observar que ni he hecho, ni he recibido ninguna visita.
 —Pues aun dicen mas.

—¿Qué dicen?

—Que está usted condenado á muerte.

—Y en garrote vil.

—Por revolucionario.

—Por liberal, por demócrata.

—Ya sabe usted, me dijo con misterio, las relaciones cordialísimas que hay entre el gobierno de los cardenales de Roma y el gobierno de los Borbones de España. Es de temer que estando usted condenado á muerte en España, esta policía romana le coja, le aprese, le lleve á Civita-Vechia, le entregue á la fragata militar anclada en el puerto y lo ahorcarán á usted.

—¡Qué idea tiene usted de este cristiano gobierno! le dije con extrañeza. Es bien imaginario ese peligro.

—Pero el peligro real, efectivo, es el que usted corre de dar con su cuerpo en la cárcel si no sale de Roma en el primer tren.

¡La cárcel! todavía le hubiera sufrido con resignacion en mi patria. La idea de que estaba entre los míos, la idea de que la merecía como conspirador, acaso dulcificarían mis dolores. Pero la cárcel aquí me aterra.—¿A qué hora sale el primer tren?

—A las diez.

—¿Y qué hora es?

—Las nueve y media.

—¿Para dónde sale?

—Para el Mediodía.

—No estoy apercebido ni preparado, pero no importa.»

En efecto, partió y encaminóse á Nápoles. Como Roma es la ciudad de la muerte, Nápoles

es la de la vida. En Lóndres hallareis tres millones de habitantes; pero estos habitantes no producirán el ruido, el bullicio, el estrépito que las seiscientas mil almas de Nápoles. Es una ciudad infernal, que parece que ha tomado del Vesubio sus ruidos, sus estremecimientos, su eterna fiebre. Vereis al napolitano que parece un griego: al cicerone que parece uno de esos árabes que duermen al pié de las Pirámides y os suben á ellas destrozándoos el alma y el cuerpo: la Cartuja que domina la ciudad y el Mediterráneo y desde donde se escucha el rumor de la gran poblacion: el teatro de San Carlos, en el que se oye el barullo de un pueblo que rie, que llora, que aplaude, que anatematiza, que siente con los personajes y que representa con los actores, y os marchareis de aquella ciudad diciendo: «El genio del ruido se ha anidado aquí. Huyamos.» Sin embargo, salidas del sol como las de la bahía de Nápoles, creo que no las hay en ninguna parte del mundo, ni en Andalucía.

Venecia recibió una visita tambien del ilustre orador. ¡Qué lagunas aquellas! que edificios de mármol besados por las aguas y que graderías para subir á ellos! que plaza de San Márcos tan asombrosa, con su palacio de los Dux, con su Campanile que se parece á la Giralda de Sevilla, con su Basílica, con su leon de San Márcos y su cocodrilo de San Teodoro sobre dos magníficas columnas de granito! Hoy Venecia ha recobrado su libertad, pero no su poderío; no le recobrará nunca tampoco. El descubrimiento de América la perdió para siempre. En la historia de los grandes artistas se cuenta, y Castelar lo ha repetido, que un dia Miguel Angel, viendo

muerta la libertad de su patria, tomó un pedazo de mármol, lo cinceló, cargó de sueño los ojos de la estatua, la dió la perfeccion que daban los griegos á las suyas, y la tendió blandamente sobre la losa de un sepulcro. Esa estatua es hoy Venecia. Ni la libertad siquiera ha podido despertarla.

Si quereis conocer los viajes de Castelar por estas regiones, leed sus *Recuerdos de Italia*. Si quereis pásar unas pocas horas de éxtasis: si quereis saber por qué Roma es la ciudad de los recuerdos, y Pisa la ciudad muerta, y Venecia la ciudad romántica, y Florencia la ciudad artística y Nápoles la ciudad mas española de Italia: si quereis respirar la brisa del golfo de Bayas, ver la isla de Capri, el promontorio de Sorrento, la bahía de Nápoles: si quereis oír cantar aun, junto al cabo Miseno, el coro de las antiguas sirenas, que parece la voz reunida de todos los poetas que le celebraron: si quereis escuchar en la callada noche, cuando las ondas del Tirreno enmudecen y la luna las platea, y las estrellas, como un coro de musas celestes, cantan el melancólico himno de las tristezas de la naturaleza dormida: si quereis escuchar, digo, el cadencioso eco de los acentos de Virgilio que parecen salir de su tumba, en la gruta de Pausilipo donde duerme, tumba delante de la que se han arrodillado todos los grandes genios, desde San Jerónimo hasta Chateaubriand: si quereis aspirar el perfume de todas las flores, oír el cántico de todos los pájaros, saber lo que dicen las olas cuando murmuran, el viento cuando gime: de donde ha salido la vida que circula por entre las carnes de las estatuas antiguas: quien es la di-

vina Parthenope, la griega Corinto, leed ese libro y vereis que no exagero y direis vosotros mismos que el que le ha escrito, si sabe ser Demóstenes ante el pueblo, sabe ser Teócrito ante la naturaleza.

XXXIX.

Hemos dicho en otro lugar que las ideas católicas de Castelar algo resentidas ya por sus lecturas filosóficas y por su continuo trato con cierto catedrático de la Universidad, no reñido con las dadivosidades de los gobiernos moderados, segun dice un moderno biógrafo de nuestro orador, acabaron de morir en sus viajes. Aquel empeño constante de la primera época de su juventud de armonizar la libertad con el catolicismo, ya no existe en él. Y en verdad, que lo que vió en Roma no era lo mas á propósito para volverle á la fé abandonada. Un papa llevado en andas, bajo palio, y adorado y besuqueado como un ídolo chino: cardenales que tienen mas hijos que virtudes y que lo mismo mandan una batería de artillería que una legion de jesuitas: estas cosas y otras mil no son las mas idóneas para hacer fervorosos católicos. ¡Cuántos sarcasmos se les ocurririan, que chistes tan epigramáticos acudirian á sus labios, que cuentos tan graciosos contarían Bocacio y Rabelais si vivieran hoy!

Un dia hallábase Castelar en Venecia, á la puerta del convento de los armenios, sobre la isla de San Lázaro, y enfrente de la desembocadura

del gran canal de Venecia. Pensaba tristemente en las crisis religiosas porque hoy pasan las almas. «El antiguo dia de las almas, son sus propias palabras, se avecina á su ocaso, y no estamos seguros de que aparezca otro nuevo dia. La campana que ahora toca la oracion, el órgano que ahora acompaña el cántico de los monjes, la imágen que ahora veneran los marineros del Adriático, van pasando á ser como los himnos griegos, como los bajos relieves del Parthenon, objetos de culto artístico, pero no objetos de culto religioso. Aquí tambien se oye alzarse de las aguas un lamento elegiaco, solo comparable al lamento lanzado por las antiguas sirenas, cuando oyeron de los labios de los nazarenos que el mundo era llamado á una nueva fé en la maceracion y en la penitencia. El Dios-espíritu vé condensarse contra su poder y contra su Verbo en las nubes de ideas tan amenazadoras, como las que destronaron y destruyeron al Dios-naturaleza. ¿Qué luz interior tiene el espíritu en esta suprema crisis? Cuando pensaba en estas cosas acercósele un monje que venia á decirle políticamente que iba ya siendo la hora de cerrar las puertas del convento. Castelar valióse de un pretexto y entabló larga conversacion con él. Era el monje un jóven turco católico, de rito armenio. De frase en frase fueron insensiblemente á parar á la cuestion religiosa. Castelar le decia: «¿Es posible que subsista por mucho tiempo una fé muerta ya en las conciencias?» El monje replicaba: «¿Y cómo va á renovarse esa fé? ¿Cómo vais á crear una religion nueva? ¿Dónde están los apóstoles, los mártires? Los pueblos me parecen hoy atletas llenos de energía fisica, pero faltos de

alma.» «Mirad, repuso el orador español, las mas inferiores de nuestras facultades, la sensibilidad, la fantasía, se conmoverán al tañido de la campana y á la armonía del órgano; pero por poeta que seais, en cuanto la razon profundice esas armonías y esos ensueños, los hallará vacíos.» «La lucha que sostiene nuestro siglo, será terminada por la fé, exclamó el monje.» «Pero la fé, replicó Castelar, no puede contrariar verdades probadas y evidentes. Las religiones han servido para educar progresivamente á la humanidad. Sus esperanzas infinitas, sus terrores saludables, despertaron al hombre del seno de la naturaleza en que dormia para alzarle á una vida interior mucho mas pura y mucho mas elevada. El frágil espíritu humano obtuvo así la idea de lo infinito, y sintió así el soplo de lo divino, como creándole de nuevo y en *cierto sentido* redimiéndole. Pero no hay que dudarle; si la religion de la naturaleza fué un progreso respecto al fetichismo, la religion del espíritu un progreso respecto á la religion de la naturaleza, ¿por qué, por qué imaginar, por qué creer que se ha parado ó que ha retrocedido esta permanente revelacion?»—Como se ve, esto es puro racionalismo. Las religiones positivas no admiten el progreso religioso, no pueden admitirle, porque, aceptado una vez, resultaria, que las mejores de ellas no eran mas que formas transitorias del desenvolvimiento de la permanente revelacion de Dios en el hombre. La razon sustituida á la fé: la ciencia al milagro: la revelacion eterna hecha al hombre por Dios por medio del progreso, sustituida á la revelacion directa y personal de las religiones semíticas; estas son hoy las ideas de nuestro orador. El diálogo entre este y el monje

terminó por un apretón de manos. Las aguas del gran canal brillaban: el soplo de la primavera besaba los paños negros de la góndola que le estaba esperando: el cielo estaba sereno como el corazón de una virgen y todo parecía inclinar el ánimo á meditar sobre la inmovilidad de la naturaleza y el eterno desasosiego del hombre derribando hoy los altares que levantó ayer, y mañana los que levanta hoy.

XI.

En todos sus viajes jamás se olvidó de España. La situación política de ella le preocupaba vivísimamente. La dinastía borbónica estaba ya al borde del abismo. No se necesitaba mas que una mano medianamente fuerte que la empujase. Su caída era inevitable. Un día era Morriónes el que se sublevaba. Otro Baldrich. Los generales de la antigua union liberal eran enviados á Canarias; Rios Rosas tambien; Montpensier desterrado. Habia poco menos que un esbirro para cada español: Gonzalez Bravo soñaba una conspiracion diaria y no se equivocaba: en el extranjero se escribian los mas denigrantes artículos contra la reina Isabel: en palacio habia una inquietud permanente y sorda. Por fin, el grito de la revolucion se lanzó en Cádiz: se ganó la batalla de Alcolea y la reina de la víspera, ex-reina ya, huyó. Se habia opuesto al movimiento de los tiempos: habia tejido anillos de cadenas en vez de tejer coronas de ideas: habia perseguido á los hombres del progreso en vez de ponerse á su ca-

beza: habia querido parecerse mas á Isabel de Inglaterra que á Isabel la Católica: se habia hecho cómplice de todos los verdugos, desde los de los ministerios hasta el del patíbulo: se habia bañado en sangre, envuelto en lodo: se habia hecho milagrera, beata, hipócrita, y cruel y despiadada como todas las beatas y milagreras. No podia menos de ser así. Los pueblos son jueces, y al fin y al cabo juzgan y condenan. El progreso barrió á sus sicarios con sus cañones, y á ella con su escoba. Sin duda no merecia mas.

Los emigrados empezaron á volver á la patria. Vino Olózaga, vino Martos, vino Orense. La entrada de Prim en Madrid fué una ovacion de las mas grandes que se han conocido. Habia sido el héroe legendario de aquellos tiempos y el pueblo que ante todo se paga de ídolos venia á postrarse ante él. A poco empezaron las grandes reuniones políticas. Estaban algo obscuras las ideas: los unos decian que lo mejor de todo era una *monarquía democrática*: los otros que la monarquía y la democracia eran inconciliables. Habida una reunion en el Circo de Price, Martos dijo; que la forma era lo de menos y que lo que convenia era la monarquía democrática, cuyas excelencias se proclamaban. Salmeron dijo cosas demasiado metafísicas acerca de la forma y del fondo, que el pueblo no entendió bien, lo que hacia que unos á otros se preguntasen; «Y bien ¿qué ha dicho?» Orense deslindó los campos y exclamó interrumpiendo á Martos, creo; «La peor de las repúblicas vale mas que la mejor de las monarquías.»

La revolucion sorprendió á Castelar en Passy de Montmorency, cerca de París, donde habitaba y escribia sus libros para la Propaganda literaria